

La gente cuenta historias. Historias que algunas veces son verdad. Todos las habéis escuchado. Relatos que agitan vuestra morbosa curiosidad espoleando la calma, removiendo la monotonía. Todos prestáis atención a esas anécdotas, a esos cuentos. Los hacéis vuestros y los contáis a los amigos.

Todos habéis oído historias como la de Enrique. Y todos, absolutamente todos, deseáis que no sean ciertas...

El día había sido especialmente caluroso. Enrique bajó del autobús riendo con sus compañeros. Apenas tuvo tiempo de comentar de pasada cosas que le habían pasado en aquella excursión, cuando divisó a su madre que le hacía señas desde el coche. Con premura se despidió de sus colegas, con la esperanza de volver a encontrarlos el lunes en clase para seguir comentando la experiencia. En verdad había sido aquel un magnífico viernes.

Corrió hacia el coche. Pese al cansancio tenía ganas de llegar a casa. Conocía a su madre, y era tradición a la vuelta de las excursiones con la clase, tomar un buen tazón de leche y galletas. Enrique ya no era tan crío, pero seguía disfrutando de aquellos pequeños detalles. Se sentía cada vez más mayor, no sólo por el estirón de verano pasado ni por el hecho de elegir qué mochila quería llevar al cole, sino porque estaba creciendo, era más consciente de las cosas, y también se volvía más responsable, mas es necesario conservar ciertos rituales y no romper de golpe y porrazo con la infancia. Las cosas buenas no había por qué dejarlas de lado.

En casa tanto sus padres como su hermana Laura le preguntaron por el día que había pasado. Les contó gran parte de las actividades que había hecho, dejando por supuesto las pequeñas aventuras para sí mismo. Después de cenar temprano, como cada viernes la familia se sentó frente al televisor a ver si había algo interesante. El pobre Enrique no

duró ni media hora despierto, pese a lo interesante de la película de acción que estaban viendo. Con cuidado su padre lo llevó en brazos a su habitación.

Tras descansar sus largas doce horas, Enrique se despertó dispuesto a disfrutar del merecido sábado. Los profesores se portaron bien, y los fines de semana tras una excursión estaban exentos de deberes. Tras desayunar un par de tostadas, Enrique encendió el ordenador y se puso a jugar al “Jack Comando” un videojuego en el que llevabas a Jack, que era mercenario y tenías que acabar con la amenaza musulmana. Su madre creía que el juego era violento en exceso, por eso Enrique procuraba que no le viese jugar. Tras cansarse pasó un rato sin hacer prácticamente nada, y como estaba aburrido, se puso a pensar en todo lo que le pasara el día anterior. Recordaba la llegada, y como hicieron grupos para las competiciones. Escondite, fútbol, “corre que te pilló”. Y muchos juegos más. Además se dedicaron a recorrer todo el perímetro. El Sebas había pisado una mierda de perro maloliente intentando impresionar a Sandra. “Menudo imbécil” había pensado Enrique, “a Sandra no le gustan los tontos”. La pena es que él tampoco le gustaba. Aunque tampoco es que aquello le robase el sueño. Después de comer siguieron jugando un rato, y no fue hasta bien entrada la tarde, muy poco antes de irse, que se detuvieron a descansar. Sentados en un banco de madera estuvieron hablando sus amigos, el Sebas, Paco, Toni y él. Charlaban de jugadores de la liga, del Madrid, de juegos de ordenador, de programas de televisión. La conversación empezó a degenerar cuando Sebas se puso a hablar de las revistas guarras de su hermano. Los chicos ya tenían edad para sentirse interesados por las chicas, sin embargo de un modo sumamente pudoroso. Ninguno de ellos había visto ni en fotos el vello púbico de una vagina, y aunque lo hubiesen hecho fingiendo que aquello era precioso, lo más probable es que les resultase del todo asqueroso. Hojeaban con miedo y vergüenza las revistas expuestas en las cristaleras de los quioscos de camino a casa, sin saber en que consistía

realmente el acto sexual. Y a decir verdad no parecía importar. Ellos hablaban, muy machitos, de cómo de larga tenían su “pirindola”. Cuando el Sebas empezaba a mosquearse con Toni por un comentario hacia el tamaño de su miembro, apareció Sandra. Todos callaron. Pidió sentarse con ellos, y ninguno se iba a negar, por lo que la conversación tuvo necesariamente que cambiar de tercio. La niña había empezado a hablar de las cosas que les contaban sus hermanos sobre la vida en el colegio mayor, que los niños creyeron entender que era una especie de escuela de donde no sales excepto para ir a clase. Les habló un rato sobre las bromas que allí les gastaban. Los muchachos comenzaron a relajarse, alejando la imagen que tenían de la niña, que sólo pensaba en los trapitos y los chicos mayores. Sandra era distinta y eso les encantaba a todos. Fue entonces cuando el Sebas quiso ganar un protagonismo que se creía merecido. Inventándose más de la mitad de la historia quiso hacer alucinar a sus compañeros. No era más que una mezcla de una “peli” de miedo que no pudo ver entera y las historias de su siniestra hermana, amiga de los tonos oscuros y las actitudes extrañas. Hablaba de un tablero ouija y de cómo unos amigos de su hermana habían conjurado a los espíritus. La historia no pasó de anecdótica. El golpe de efecto que el bienintencionado Sebas preparaba no se quedó sino en introducción de un tema que a todos parecía fascinar, lo desconocido. Hablaron sobre espíritus, sobre magia, sobre sueños. Por unos momentos no se sintieron niños de colegio, sino auténticos conversadores, hablando de un tema trascendental, desconocedores de lo complejo que es ese lejano mundo del ocultismo. Y de todo lo que se dijo aquella tarde, a la sombra de los pinos que los resguardaban del calor, lo que mejor recordaba Enrique fue, sin duda, algo que contó Sandra. Durante unos instantes ella calló, y los chavales se preocuparon pensando que tal vez hubiesen dicho alguna grosería que la hubiese podido disgustar, mas no era así. Trataba de recordar algo que oyera unos meses antes, en un

campamento de verano. A la luz del fuego, su monitor les contó una historia, una historia del más allá. Un ritual, dijo, que se pasaba de boca en boca, de unos a otros, pero que nadie debía realizar. Si en mitad de la noche alguien se encerraba en el baño, con trece velas, desnudo frente al espejo y pronunciaba tres veces el nombre de Verónica, aparecía su reflejo y le mostraba como iba a morir. Sandra reconoció haber sentido miedo cuando se lo contaron, y aquella noche no pudo conciliar el sueño. Los chicos no rieron, pues habría sido en parte reírse de la propia Sandra, pero incómodos intentaron desviar el tema. El más atrevido, a la vez que insensato, fue Enrique, quien dijo cosas como “no debe ser verdad” o “no me lo creo”. Sandra lo miró con furia en los ojos. La ofendió que la tildara de mentirosa, sobre todo después de que ella no abriese la boca ante las anécdotas de ouija y fantasmas de sus amigos. Enrique se dio cuenta tarde de su error. Además no iba a pedir disculpas a la muchacha delante de los amigos, pues pensaba que eso le restaría credibilidad de cara a un futuro. Que imbéciles pueden llegar a ser los niños, bueno, y los no tan niños.

Allí acabó la conversación. Sandra, obviamente molesta, se marchó con sus amigas, pues era hora de coger el autobús de regreso. Los amigos recogieron sus bártulos y una vez guardados en el autocar se sentaron al final del todo, lejos del “Marciano”, el profesor de matemáticas, para poder hacer chistes y bromas, sin que constantemente les llamase la atención. En algún punto a mitad de camino a casa, el Sebas le echó en cara su actitud hacia la historia de Sandra, y aquello a Enrique no le hizo ninguna gracia. “¿A qué te refieres?” se envalentonó el chico. “Nada” respondió el Sebas “sólo que no me parece bien. La historia le dio miedo. Aunque no la creamos, ella es una chica”. Sebas dijo esto como si fuese el axioma fundamental de cualquier comportamiento asociado a una fémina. Si un chico no comprende por qué a la muchacha más guapa le gusta el tío más gamberro y chuleta, no ha de decir más que “es una chica”. O si en vez de ver un

buen partido de la selección española de fútbol prefiere ver un culebrón adolescente, sólo hay un motivo, “es una chica”. Enrique les aseguró que no se creía aquella pamplina. Que no aparecía ninguna mujer en su espejo, y que a él todas esas cosas no le daban miedo. Sus amigos estuvieron con él, y durante el trayecto restante aquella conversación pareció caer en el olvido. Y llegaron a casa.

Allí en su cuarto Enrique pensaba en Sandra. ¿Seguiría molesta con él? Tal vez se había pasado un poco. El lunes en el recreo la abordaría y se disculparía. Pero, ¿y si aquello no hacía sino enojarla? Quedaría como un imbécil por haberse reído de ella delante de sus amigos e ir luego a pedir disculpas. Él era un chico valiente, no alguien a quien le importara lo que las “niñatas” como Sandra pensasen de él. Pero por otro lado, era tan guapa.

No fue hasta la noche cuando cayó en la cuenta de la manera más inteligente de afrontar el conflicto. No tenía más que hacer aquel estúpido rito, para demostrarle que era mentira. Sabía que ella no le creería, por lo que se ofrecería para hacerlo juntos. Ella sentiría admiración por su coraje, y se daría cuenta de que era el más hombre del colegio. Era una idea magnífica. Esa noche comprobaría que no era sino una patraña.

Como tenía que hacerlo lo mejor posible se afanó trece de las muchas velas que su madre guardaba en un estante. Era muy aficionada a las grandes ocasiones y decoraba la casa con muchas velitas de numerosos colores. Aquella noche después de cenar dijo que estaba cansado que se iba a acostarse. Su padre bromeó refiriéndose al poco palo que había dado aquel sábado, y se quedaron su mujer y él viendo la televisión un rato.

Enrique tenía todo listo en su cuarto, escondido debajo de la cama. Sabía que si su madre se enteraba de la tontería que quería probar se enojaría, y no era plan hacerla enfadar sin motivo. Los minutos pasaban lentamente y bajos las mantas el chico agudizaba el oído esperando la señal de que sus padres se hubiesen ido a dormir. Serían

casi las dos de la mañana cuando se decidió a salir. Sus padres hacía rato que apagaron la luz, pero no se fiaba. De todos modos si su madre oía la puerta del baño le podía decir que se había levantado a hacer pis.

Silencioso se deslizó hasta el baño. Una vez dentro cerró con el pestillo, pegó la oreja a la puerta y esperó. Ningún ruido, aquello iba bien. Mentalmente repasó todo lo que tenía que hacer. Empezaba a sentir su corazón corriendo a mil por hora. Estaba algo atemorizado por si llegaba a ocurrir algo, pero no podía rendirse ahora. Lo haría por él y por Sandra. Pensando en ella sería más fácil. Encendió una a una las treces velas. No sabía como colocarlas, Sandra no lo comentó, así que las dispuso equitativamente por las estanterías y el suelo, teniendo un infinito cuidado de no pisar ninguna, ni quemarse.

Se desvistió cuidadosamente dejando las prendas del pijama sobre la tapa del váter. Una vez hubo terminado consultó el reloj. Se sorprendió al ver que había tardado casi veinte minutos. Había ido lento y tampoco se podía permitir quedarse allí toda la noche. Miró al espejo que le devolvió la mirada. Vio al otro lado a un chaval desnudo, asustado, queriendo convencerse de que era valiente, como los héroes de sus juegos y películas preferidas. En voz baja, en apenas un susurro pronunció el nombre. “Verónica”. Esperó. Nada sucedió. Su rostro estaba cada vez más tenso. Una sonrisa asomó en su rostro. No tenía que estar tan nervioso, dentro de unos minutos estaría de nuevo bajo las sábanas. “Verónica”. Esta vez la voz tenía más autoridad, parecía más una llamada que un ruego. Se sintió orgulloso del todo, era casi viril. Se estaba enfrentando al miedo. Pensando que al día siguiente todos los que le rodeaban caerían en la cuenta de lo mayor que se había hecho, pronunció de nuevo el nombre. “Verónica”. Esperó. No ocurría nada. Miró al espejo. Sintió una temprana desilusión. Le habría gustado que estuviese allí, aunque era mejor así, él tenía razón, era todo un embuste para asustar a niños pequeños.

Cuando se disponía a coger su ropa fijó la mirada en el espejo. Allí había algo al fondo del todo. Por detrás de su reflejo. Al principio fue incapaz de distinguirlo bien. “Ilusiones”, se dijo, “nada más que eso, en el fondo estás tan asustado que crees ver algo que no existe”. Mas parecía acercarse a él desde la negra profundidad, apenas rota por el fulgor mortecino de las velas. Se preguntó qué aspecto tendría la Verónica. Ante sus ojos, nítido apareció el rostro de una niña, con el pelo oscuro enmarañado y la piel pálida. Era guapa a pesar de lo cetrino de su color o lo feo de su pelo. Tenía los labios de color negro, como maquillados de manera tétrica y las orejas muy bonitas, apreció Enrique. La niña frente a él posó la mano con suavidad sobre el espejo, al otro lado. Enrique no pudo sino imitarla. Ella se deshizo de uno de los tirantes que sujetaba su negro vestido. Se notó respirar cada vez con mayor velocidad, ansioso. Al dejar caer por completo la prenda, quedó ante Enrique desnuda, mas no era como Enrique recordaba haber visto a otras mujeres. En lugar de encontrarse unos pechos, un ombligo y la entrepierna, su cuerpo estaba cubierto por cientos de ojos, que no parpadeaban, sino que estaba fijo en él. Se miraron, y fue entonces cuando Enrique se fijó en el lugar donde deberían estar sus ojos. En donde deberían haber estado, porque allí no había nada, salvo una infinita negrura.

Lucía se levantó temprano aquel domingo. No dejaba de sentir una punzada en la parte posterior de la cabeza. No le pasaba a menudo, pero cuando sucedía no descansaba tranquila. Sin hacer ruido se deslizó fuera de la cama. Fue a la cocina y allí en silencio bebió una taza de café instantáneo. Era consciente de que no estaba tan bueno como el natural, pero aún así disfrutaba del penetrante olor que inundaba la cocina. Pensaba en aquello que la había despertado, aquello que no la dejó dormir. Era incapaz de reconstruir qué. Estaba allí, al alcance de la mano, sentía que lo tocaba con las yemas de

sus dedos. Sin embargo no lo recordaba, ni lograba sacarlo de su cabeza. La punzada seguía allí.

Algo después se levantó su marido. Como cada domingo fue a comprar el periódico y el pan, y después encendió la televisión para hincharse a ver deportes televisados. Ella no se lo echaba en cara, pues se merecía un descanso el pobre y además no ponían nada interesante los domingos por la mañana. Anduvo ordenando los armarios, en busca del traje que se pondría para la comunión de su sobrina cuando se dio cuenta de que eran casi las dos del mediodía. Era normal que Laura no estuviese despierta, pero le extrañaba que no lo estuviese Enrique. Pasó por la habitación de su hija y aunque le costó, logró sacarla de la cama. Comerían dentro de un rato y tenían que poner la mesa. Acto seguido se encaminó a la habitación de Enrique. Entró llamándolo por su nombre. En un primer momento no se percató de lo que sucedía, pero nada más entrar supo que nada bueno. Nerviosa se abalanzó sobre las sábanas, buscando desesperada a su hijo. ¿Por qué no estaba allí? Intentando tranquilizarse salió al pasillo a ver si lo encontraba. Allí estaba Laura en pijama delante de la puerta del baño, golpeándola y gritando a su hermano que le abriese la puerta. Lucía se estremeció, era imposible que su hijo hubiese entrado al baño sin que ella se lo hubiese cruzado, o le hubiese oído despertarse. La punzada regresó con mayor intensidad, y la sensación que sólo una madre tiene de que algo malo le pasa a su hijo le recorrió la espalda.

Tanto ella como Laura y su marido intentaron hablarle. No sabían qué había pasado, ni por qué se había encerrado. Desesperada Lucía le pidió a su esposo que abriese la puerta por la fuerza. Le advirtieron a Enrique que se apartara una y otra vez, y tras un tenso silencio tiraron la puerta abajo.

El grito brotó con furia de lo más hondo del corazón de Lucía. Laura no volvería a hablar en años, sufriendo una catatonía casi permanente. Y el padre nunca lo superó,

entrando en una depresión profunda que lo mantendría en cama durante lo que le quedaba de vida...

En el suelo, rodeado de velas apagadas que le habían lacerado la piel estaba Enrique. Marcas de uñas surcaban casi toda su piel desgarrada. La sangre ya coagulada le cubría su desnudo cuerpo. Sus dedos se flexionaban en ángulos imposibles, cada uno en una dirección, como si alguien los hubiese retorcido, rotos los metacarpianos. Bajo las uñas restos de piel y sangre. La cabeza miraba hacia la puerta con una mueca de dolor en el rostro, la boca muy abierta, repleta de sangre medio seca. Pero aquello no era lo más terrible. Lo más terrible era donde debían estar sus ojos. Porque en vez de eso estaban las cuencas vacías. Enrique se había sacado los ojos con unas agujas de coser que su madre guardaba en el baño. Las agujas permanecían tiradas en la esquina del baño, ensangrentadas.

Lucía recordó qué la había despertado. Supo qué le punzaba el cráneo, qué no la dejaba conciliar el sueño. Era su hijo. Los gritos de dolor de su hijo, pidiendo para que fuese su madre.

Dicen que nunca se encontraron sus ojos. Algunos intuyen la verdad o la sospechan. Sólo unos pocos la sabemos. Sabemos dónde fueron a parar los ojos de Enrique, quién los tiene.

Ahora todos vosotros podéis iros, seguid con vuestras vidas, como si nada hubiese pasado. Y algún día, cuando os juntéis con algunos amigos a charlar de todo un poco, y toque el turno de contar una historia escalofriante, hacedla vuestra. Metedle cuantos detalles creáis adecuados. Enriquecerla hasta el extremo que os veáis capaces. Y después volved de nuevo a vuestras vidas. Volved deseando en lo más profundo de vuestras almas que este tipo de historias no sean verdad, que nadie aparece en el espejo si dices tres veces Verónica...